

**Martes 19 de mayo de 2020**

Jn. 16, 5-11

*Vengan conmigo,  
dice Jesús.*

*Conmigo,  
por senderos insospechados.*

Hacemos juntos la andadura por la Semana Laudato Sí, una posibilidad de elogiar la cotidianidad como el lugar de la manifestación de Dios y conscientes de nuestros sentimientos y mociones, reconocer su querer en nuestra vida y en medio de las comunidades y grupos a los que pertenecemos.

Nos sabemos discípulos, aprendices, queremos estar atentos a la manera como Dios nos urge al compromiso. Su voz nos conduce a salir, a escuchar el grito de la tierra y de los pobres, a desentrañar la vocación misionera que hemos recibido por el hecho de ser cristianos y que nos dispone para seguir a Jesús con mayor autenticidad y radicalidad.

El Evangelio de hoy, nos recuerda que la Última Cena, fue el lugar del testamento. Su palabra se constituyó en la herencia que nos recuerda que lo típicamente cristiano, es dar la vida.

Y aunque en ocasiones, la fuerza de los hechos, hace que el corazón se colme de tristeza, es necesario abrirle espacio a la acción de Dios, que nos impulsa a acoger la libertad que da el Espíritu y nos dispone para libres de temores y resistencias buscar, sencillamente buscar, lo que Dios quiere.

No podemos negar los desafíos y clamores que surgen de la realidad, mucho menos las preguntas. En la lógica del Reino, de nada vale apresurar las respuestas, en ocasiones y aunque duela, es necesario que resuene el silencio. No hay parálisis donde hay silencio. El silencio es la condición para que se fecunde lo fundamental, para que la ofrenda surja de la verdad.

La realidad es lugar teológico, de la manifestación de Dios, y en ella, Él nos invita a sentirnos partícipes, a ser cocreadores de su proyecto de Vida para la humanidad, quiere contar con nosotros para continuar su obra. La realidad es inédita y sumergidos en ella, buscamos la mejor manera de ser las manos y el corazón de Dios. No estamos solos, Él nos promete su Espíritu.

Ensanchemos el espacio de la casa, para que Él acontezca, revele la injusticia y el desorden que abocan a nuestro mundo al desequilibrio, disipe toda tristeza y acreciente en nosotros el deseo de dar la vida.